

CRISANTEMOS

Por Dios y los santos de la corte celestial, no vayan los cajistas á dejarse llevar de la manía imperante y poner *crisantemos* ó *crisantemas*, que es peor todavía... No comprendo, por más vueltas que le doy, de donde ha salido tan desfigurado un nombre de flor que vi desde mi niñez como en el encabezado lo escribo, — y cuenta que en mi casa se ha profesado siempre el culto y ejercitado el cultivo de las flores.

Al parecer, bastará abrir el Diccionario para salir de dudas; sólo que el Diccionario (de la Academia española, última edición publicada), es un indigente y un inútil; y si en el Rastro de Madrid es fama que se encuentra todo, excepto lo que se busca, en el Diccionario de la Academia no se encuentra nada, y lo que se busca mucho menos. Así ocurre que los escritores nos bandeamos como Dios nos da á entender, desechando ó admitiendo palabras, según nos viene en talante, y atendiéndonos, como los ayunadores, á lo que se usa entre gente de buena conciencia.

Los *crisantemos* pues, y nunca *crisantemas*, son la tardía flor de Noviembre y Diciembre; la flor de la helada rigurosa. Antes que la camelia abra sus cálices de cera blanca, roja ó rosada, que tienen la tersura y la rigidez del mármol, ya los crisantemos han soltado, sin temor á la escarcha, su cabellera de pétalos flexibles, finos, que huelen á manzanilla silvestre y almendra amarga. Los primeros crisantemos, los vulgares, tenían muy marcado su carácter de flor mortuoria: eran uniformemente amarillos: casaban bien con las siemprevivas y los pensamientos. Pasó tiempo, y la cultura hizo su milagroso oficio, transformando la flor sencilla y diminuta, en doble y magnífica. Pero no era esto lo único porque atraían mi atención la historia y vicisitudes del crisantemo, sino porque su aparición triunfante, la moda que lo aclimatava en adornos y en sombreros de señora, que lo agrupaba en los centros de mesa de los fastuosos banquetes, que lo sacaba del cementerio para entronizarlo en el foco mismo de la vida mundana, señalaba una fecha en la evolución de las ideas estéticas. El crisantemo representaba el advenimiento del arte japonés.

Japonés por excelencia es el crisantemo. Le veréis flotar lánguidamente sobre el paisaje de papel de arroz de los abanicos; resaltar, bordado con delicadeza, sobre las fajas y las túnicas de crespón y sobre la tirante seda de los *Kakemonos*; brillar, esmaltado en oro, en las tazas, platillos y floreros de Satsuma; decorar, esculpido, los platos de sable, de marfil, y las cajas y pebeteros de bronce. Le veréis, si os tomaseis el trabajo de ir al Japón, — pueblo que merece el viaje, de seguro, — prendida en lo alto del moño de las *musmés* ó señoritas niponas, y adornándolo con la afectada y amanerada elegancia que caracteriza al tocado japonés. El crisantemo es al Japón lo que el tulipán á Holanda. Los que suelen llamarse floripones, en los pañuelos de Manila, no son sino crisantemos, mejor ó peor representados. El ideal desflechado de las hojas del crisantemo doble, la irregularidad gentilísi-



ma de su silueta, es difícil de copiar con arte, y se necesita la suma habilidad y maestría de los dibujantes japoneses para reproducirla en la porcelana y en el metal.

Posee el crisantemo doble, una escala de matices para seducir á un acuarelista. No son tonos francos, frescos y vivos, como los de la rosa y el clave; al contrario, diríase que el crisantemo, antes de marchitarse, ha sufrido ya esa degradación suavísima de color, que es el mayor encanto de los tapices antiguos y de los brocados históricos. Amarillos de topacio; rojos apagados, como de damasco de cortina de iglesia; violetas amortiguados, con ráfagas de rubí; blancuras de mejilla embadurnada de albayalde y vivamente sonrosada en los pómulos por un toque carminoso; ahí tenéis lo que ofrece á la vista un haz de crisantemos dobles. Y la caída de la flor es desmayada y artificiosa á la vez, ostentando la gracia frágil y pueril de las figuritas de biombo y de las estatuillas de barro policromado, que duermen en los estantes de las vitrinas...

Para decirlo de una vez: el crisantemo tiene el aire peculiar de los objetos de arte japoneses, que han hecho una revolución en el gusto europeo. La influencia del país del crisantemo se conoce ahora, en todo: en el mobiliario, en los trajes, en las construcciones, en el papel de cartas, finalmente en la moda — esa ley sin sanción, promulgada á la sordina, acatada y cumplida con entusiasmo. — Los dibujantes más delicados de Europa estudian despacio á sus colegas japoneses, para tomarles los moldes; y á veces lo que se llama *modernismo* no es sino reflejo de lo que crearon hace dos siglos los artistas del Nipón.

Este movimiento, en el crisantemo está simbolizado. No en balde Pedro Loti, el narrador cosmopolita, que ha discurrido, para conocer é interpretar el alma y el lenguaje de los pueblos, el sistema relativamente agradable, ya preconizado por Heine, de que le sirvan de gramática los ojos de una mujer; no en balde Loti, repito, al aplicar al Japón su método especial, dió á la elegida de su corazón en Nagasaki el nombre de *doña Crisantemo*. Porque en aquel país, según parece, las mujeres usan nombres de flor ó de fruta, y hay *doña Ciruela*, *doña Jazmín*, *doña Nispero* y *doña Amaranto*. Para representar debidamente al Japón, *doña Crisantemo* era insustituible. Está personificado en aquella criatura enigmática, pulcra, aseñoritada, menudita, de colas lustrosas, complicado moño, altos patines, con esguinces de gata y monerías de chiquilla, con brazos de ombar y oblicuos ojos, que fuma en pipa y toca el guitarra, y que, en resumen, no es una mujer, sino una muñeca articulada, vista á la luz de un farolillo rizado, de iluminación.

Con todas las victorias de los japoneses; con su ejército á la prusiana, su marina á la inglesa, sus cocineros á la francesa y sus profesores de Universidad á la sueca, — el modelo más científico — no me es posible ver en esa nación más que la tierra del crisantemo doble; — un país que no debe de ser real y efectivo; que sólo existirá, probablemente, en las regiones de la fantasía, y que, vestido á la europea, parecerá un jimio. ¡Pensar que este país de laca y porcelana es hoy más fuerte que nosotros!

EMILIA PARDO BAZÁN

LAS DOS FUERZAS

Así nunca lo nuevo, mata y aniquila para siempre á lo antiguo.

Lo que hoy nos parece atraso, fué en su tiempo, progreso y progreso importantísimo.

Y como en los terrenos geológicos vemos las antiguas formaciones, y las formaciones modernas, sintetizando la evolución de los siglos, primeras y últimas páginas de un gran libro, así en el campo de la industria y en la amplísima esfera de las invenciones humanas, vemos á la par en muchas ocasiones, los viejos y los modernísimos inventos, simbolizando un pasado venerable, y un presente lleno de esperanzas para lo porvenir.

Así vemos correr por los altos terraplenes, pasar sobre puentes de hierro, hundirse en uno y otro túnel, el tren con su locomotora al frente, tragando aire por su caja de fuego, escupiendo humo por su chimenea, consumiendo centenares de caballos de vapor, en su marcha vertiginosa.

Y al mismo tiempo, paralelamente á la vía férrea ó cruzando bajo sus puentes, vemos la vetusta galera con su larga fila de modestísimas bestias, con su toldo de lona, y acaso con un mal desbastado tronco por freno.

Y el tren vuela sobre los carriles; y la galera se cunea en los baches.

Y en el tren trabajan caballos de vapor; y de la galera tiran mulas y machos, con más huesos que carne, por lo regular.

Al tren moderno lo arrastra la fuerza del fuego; á la galera antigua la fuerza animal.

Estas *dos fuerzas*, representan dos civilizaciones distintas.

Y hoy mismo estamos viendo por las calles de Madrid, cruzarse de continuo las dos fuerzas.

Por una vía marchan los coches del sistema eléctrico: nuevos, más que nuevos, flamantes; con sus lámparas eléctricas en cuanto anochece; con su empuinado trolley, que va á tomar corriente eléctrica del hilo conductor, para llevarlo á los dinamos.

Y al mismo tiempo, por la otra vía, marcha modestamente y como avergonzado, uno de los coches antiguos, que todavía no han podido renovarse, con sus machos ó con sus mulas, que tiran penosamente del vehículo.

Y al cruzarse el coche nuevo y el coche antiguo, también simbolizan algo que se va y algo que llega: las dos fuerzas de que antes hablábamos; la fuerza animal ó si se quiere, la fuerza de sangre, y la fuerza eléctrica.

Y uno y otro ejemplo, el que presentamos antes y el que presentamos ahora, significan un triunfo de la fuerza espiritual, sobre la fuerza material; significan una emancipación; y en el fondo, cuantos progresos realice el hombre en el campo de la industria, son de esta misma clase.

Pero las dos fuerzas, la de sangre y la eléctrica, si bien se considera, no son distintas. Si nos remontamos á su origen, acaso se confundan en su totalidad ó en su mayor parte, en una sola fuerza; la fuerza solar, que

ha pasado por dos distintas series de transformaciones, pero conservándose idéntica en el fondo.

Lo cual probaremos fácilmente, subiendo por dos series paralelas hasta llegar á un origen común.

Primera serie: la que corresponde á la fuerza animal. ¿En qué consiste la energía de los motores animados?

En la combustión que en todo su organismo se realiza, de las substancias de que se alimenta.

En último análisis, en los alimentos de los motores animados, de las caballerías que tiran de la galera, ó de las que mueven el coche del tranvía, existen hidrógeno y carbono; y al combinarse con el oxígeno, es decir, al quemarse, desarrollan calórico y ese calórico, representa caballos de vapor; y esos caballos de vapor, son la fuerza de la bestia modestísima que ni siquiera se atreve á ser caballo de carne y hueso.

Pero esos alimentos, se han fabricado en el seno de un vegetal; que la clorofila expulsó el oxígeno y preparó los hidrocarburos.

Ahora bien, la fuerza que realizó esta desoxidación, del sol vino porque fué la vibración luminosa.

De suerte que pasando del coche del tranvía, á las caballerías que lo arrastran; de éstas, á los alimentos de que se nutren; y después, á la planta en que se engendran; y después á la luz solar, *al sol llegamos*: no es mal término para una ascensión.

Y bien podemos decir, que los antiguos tranvías corren, porque vibraron unas cuantas moléculas en la esfera abrasada del sol.

Pasemos ahora á la segunda serie, á la del tranvía eléctrico, y fijemos sus términos.

El coche camina, porque giran sus ruedas y engranan con los carriles.

Giran las ruedas, porque gira el dinamo que va en el carruaje.

Y la revolución del dinamo se efectúa, porque pasa por un ovillo de hilos metálicos la corriente eléctrica, que el trolley toma del conductor general.

Pero esa corriente, se engendró en la fábrica ó estación central; y se engendró en otro dinamo por la rotación que le comunicó una máquina de vapor.

De suerte, que como en el organismo de los motores animados se quemaba el carbono de los alimentos, en el hogar de la máquina de vapor se quema, es decir, se combina con el oxígeno, esa substancia que llamamos cok, que también es carbono.

Pero el cok ó mejor dicho el carbón de piedra, es en cierto modo, el residuo fósil de plantas antiquísimas, de bosques primitivos, en los que también la luz solar, separó el carbono del oxígeno.

Con lo cual llegamos también á la vibración de la masa solar en esta serie, como en la primera.

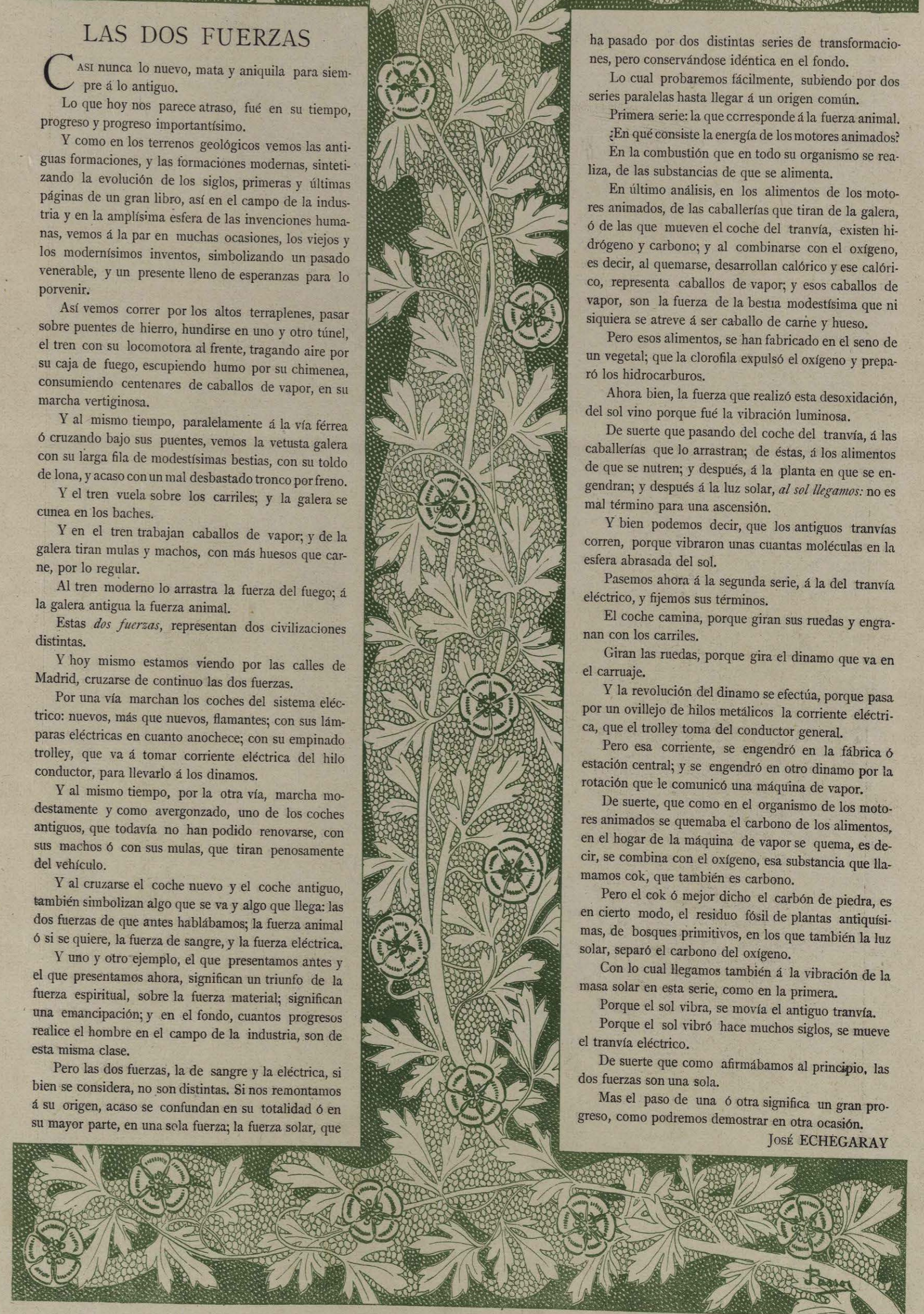
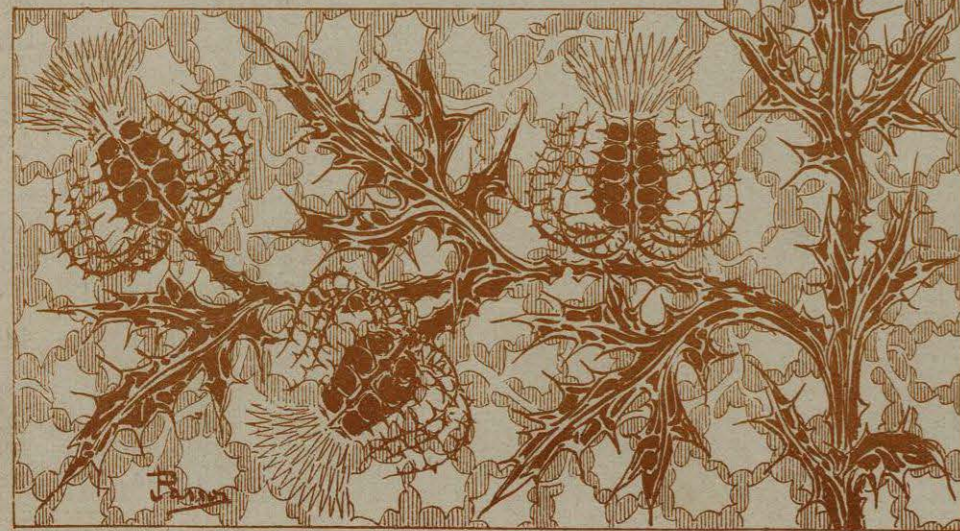
Porque el sol vibra, se movía el antiguo tranvía.

Porque el sol vibró hace muchos siglos, se mueve el tranvía eléctrico.

De suerte que como afirmábamos al principio, las dos fuerzas son una sola.

Mas el paso de una ó otra significa un gran progreso, como podremos demostrar en otra ocasión.

José ECHEGARAY



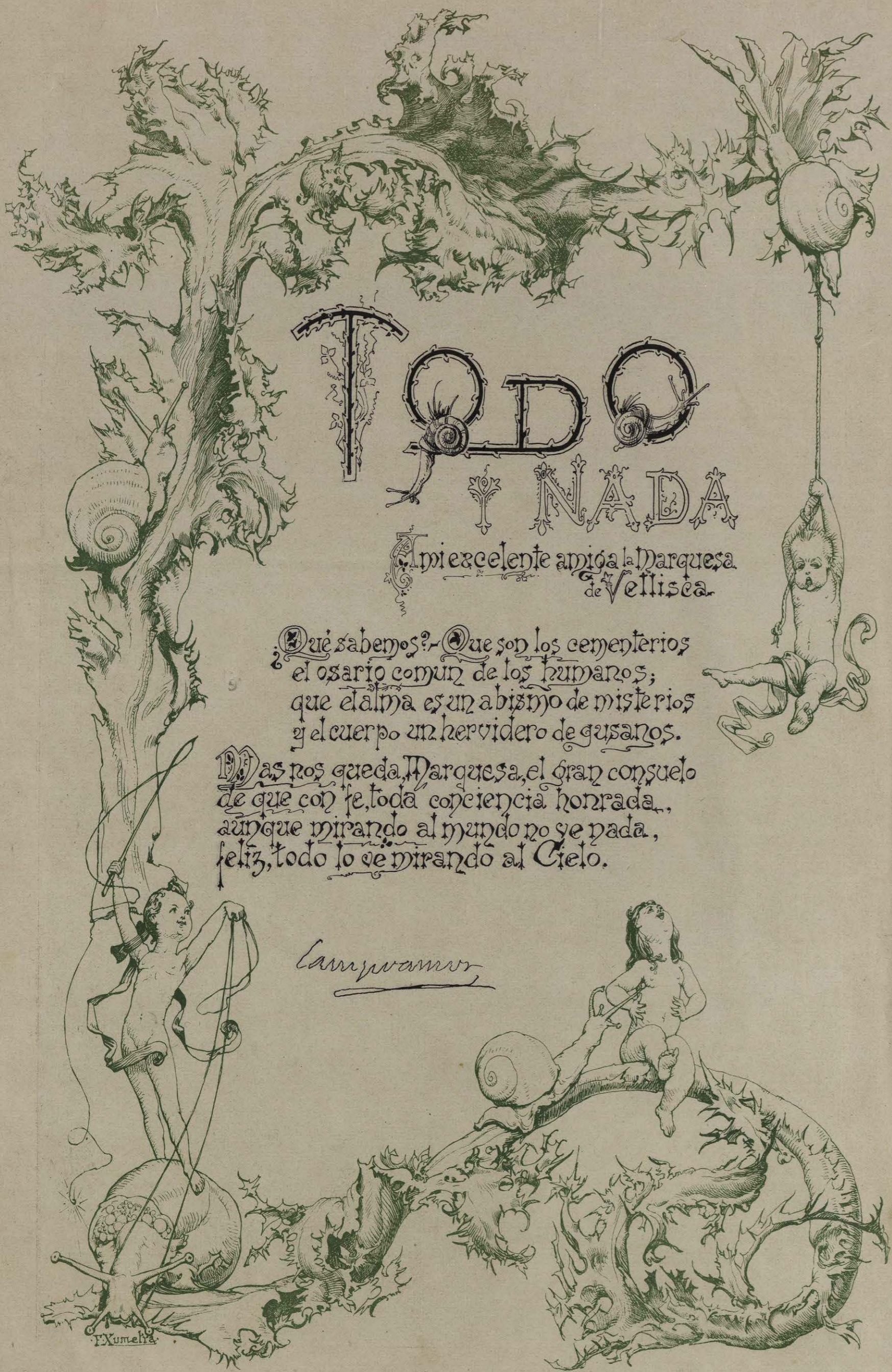


MAS FIRME QUE UNA ROCA

Salón Robira (Fernando VII, 59).



OCIOS CRUELES



TODO
Y **NADA**

A mi excelente amiga la Marquesa
de Vellisea.

¿Qué sabemos? Que son los cementerios
el osario común de los humanos;
que el alma es un abismo de misterios
y el cuerpo un hervidero de gusanos.

Más nos queda, Marquesa, el gran consuelo
de que con te, toda conciencia honrada,
aunque mirando al mundo no se padea,
feliz, todo lo ve mirando al Cielo.

Lampwamur,



TÍ

Más dulce es el aroma
Que de virtud se exhala,
Libre del barro batirás el ala,
Bajo la mia dormirás, paloma.

La paz del Cielo inundará mi casa.
Si tú me quieres como yo te quiero;
Mi pecho es una brasa,
Mi labio un pebetero.

F. Tomás y Estruch.